

La juventud europea, desatendida y desentendida

SALUSTIANO DEL CAMPO*

En la reciente cumbre extraordinaria sobre el empleo, celebrada en Luxemburgo, los Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea se han comprometido a hacer frente al mayor problema que tienen en común todos sus países: el paro. Con este acuerdo se inicia una reorientación de la construcción europea, hasta aquí demasiado centrada en los consabidos criterios de Maastricht.

La Unión alberga en estos momentos más de dieciocho millones doscientos mil parados y, como cabría esperar, entre ellos se halla un

número muy importante de jóvenes: casi cinco millones que tienen menos de veinticinco años. Por países, su proporción en el total de parados oscila entre unos máximos de 41,9 por ciento para España y 38,2 por ciento para Finlandia, hasta un 10,6 por ciento para Dinamarca, un 9,6 por ciento para Alemania, un 9,1 por ciento para Luxemburgo y un 6 por ciento para Austria, que son los mínimos nacionales registrados.

Si bien no es la primera vez que este asunto se ha planteado, en la presente ocasión se ha tratado con mayor seriedad, estableciendo como objetivo específico el dar una oportunidad de

* Catedrático de la Universidad Complutense. Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Formación Profesional, reciclaje o empleo, a todos los jóvenes que hayan permanecido seis meses en paro. Los “Quince”, y esto merece ser destacado y elogiado, se han dado un plazo de 5 años para poner en marcha estas medidas.

Lo fundamental de esta iniciativa es el traslado de la atención desde las variables monetarias a las sociales, lo que nos recuerda, por si alguien los hubiera olvidado, que la Unión Europea tiene también una dimensión no económica. En el fondo, lo que se ha hecho es colocar de nuevo el empleo en el centro de las preocupaciones, a pesar de que no hay seguridad de que se vaya a cumplir cuanto ahora se propone. Implica, por lo demás, el reconocimiento de que las cifras del paro no son simplemente un indicador económico, sino que ponen de manifiesto el peligro de desorganización profunda que corren las sociedades europeas al estar aquejadas por esta lacra. Ya EEUU sufrió durante la gran Depresión sus terribles consecuencias desmoralizadoras y Europa vivió el alumbramiento de la Segunda Guerra Mundial como una derivación del paro en masa que provocó en Alemania el Tratado de Versalles.

Lo que el analista social duda es si tendrán o no éxito las medidas propuestas, que dependen obviamente de que se haya formulado un diagnóstico cierto o erróneo. Autores prestigiosos mantienen que hemos entrado definitivamente en una etapa de amplio desempleo estructural, de inseguridad en el puesto de trabajo y de subsidio generalizado por no hacer nada. Mejor dicho, por no molestar demasiado a los dos tercios de la población que se las van a apañar bastante bien en el siglo próximo.

Ignoro si el trance merece llamarse cambio de civilización, pero desde luego lo que está pasando es muy serio. Valores de primer rango, como el trabajo, están experimentando una

transformación a la baja que no sabemos adónde nos conduce y, dentro de los ámbitos familiares, educativos y laborales, abundan las señales de que el seísmo es demasiado fuerte. Así se asegura, por ejemplo, en la reciente obra de Eurostat, de marzo de este mismo año, titulada *Youth in the European Union. From Education to Working Life*. (La juventud en la Unión Europea. Desde la educación a la vida económicamente activa).

Carencias adicionales

La verdad es que no es éste, sin embargo, el único problema de la juventud. También influyen en su deficiente estado la necesidad de una educación adecuada a los tiempos que corren, la inestabilidad familiar, la exclusión social y la violencia urbana. Pese al aumento de la esperanza de vida y su mejor salud, la juventud va configurándose en Europa como una etapa vital llena de angustias, que no pocas veces conduce al suicidio, que es precisamente la segunda causa de mortalidad de los que tienen entre quince y veinticinco años. Por otra parte, y a diferencia de lo que sucedía en la generación anterior, el estilo de vida de los jóvenes de hoy es bastante similar al de sus padres, bien porque reciben ayuda de ellos, como pasa en Alemania, o porque siguen en la casa paterna hasta que pueden salir de ella, como sucede en Italia y España.

La duración de los estudios se ha alargado recientemente en Europa hasta extremos jamás vistos antes. No solamente hay más matriculados en todas las ramas, sino que la permanencia en el ámbito educativo es mayor. Ambas cosas porque se necesita más preparación para encontrar empleo y porque lograrlo cuesta mucho. Y esta es una afirmación aplicable en toda la Unión, aunque pueda verse modificada según los países. Común es, sin embargo, la presencia masiva de mujeres en las aulas, en las de cualquier clase de enseñanza, aunque esta experiencia sea demasiado reciente

todavía para haber borrado las diferencias engendradas en el pasado. Y tampoco sabemos cuál es el paso del origen social en el éxito de los jóvenes, aunque nos consta que sigue siendo considerable.

En consonancia con los años adicionales dedicados al estudio los jóvenes acceden más tarde al mercado laboral, de modo que la edad mediana de conseguir, o al menos de ponerse a buscar, un trabajo ha aumentado desde los 18 años en 1987 a los 20 en 1995. Esta medición oculta, sin embargo, notorias disparidades entre los Estados Miembros, que guardan relación con la mayor o menor vinculación que históricamente se ha dado en ellos entre educación y trabajo. En todo caso, lo que no admite dudas es que a partir de 1980 se ha hecho más difícil trabajar, como lo prueban los citados niveles de paro de los jóvenes entre 20 y 24 años y la frecuencia de los trabajos temporales y a tiempo parcial en los que se ocupan.

Los resultados del Panel de Hogares, a su vez, pusieron de manifiesto en 1994 que nada menos que el 60 por ciento de los jóvenes entre 19 y 30 años se sentían subempleados. Más objetivamente cabe establecer que en 1995 únicamente el 8 por ciento de los jóvenes con la Enseñanza Superior cursada ejercían puestos de alta gestión, frente al 13 por ciento de los que tenían igual preparación y mayor edad, así como que por término medio, y a pesar de sus mejores cualificaciones, ganaban bastante menos.

Las condiciones de vida antes descritas contribuyen a que, en la mayoría de los Estados de la Unión, los jóvenes tiendan a quedarse en

el hogar paterno, pero tal hecho no obedece solamente a ellas. Influyen bastante también la inconcreción de las formas de vida familiar, la caída de la nupcialidad y el derrumbamiento de la natalidad por debajo del umbral de la reposición generacional. El matrimonio se ha retrasado y en los países nórdicos y en algunos centroeuropeos la cohabitación prematrimonial se ha casi universalizado. Además, el casamiento y la fecundidad se ha retrasado hasta el punto de que cuando ahora nace alguien de una mujer menor de 20 años lo más probable es que la madre no esté casada.

Ideales y valores de los jóvenes

La convivencia prolongada en el hogar paterno garantiza a los jóvenes el disfrute de las mismas ventajas materiales que tienen sus progenitores y aplaca simultáneamente cualquier impulso de conflicto generacional. Ha habido desde el año tumultuoso de 1968 un acomodo entre las actitudes de los padres y de los hijos, como si estos últimos hubieran renunciado a lo que históricamente la juventud ha considerado su derecho a modificar el mundo en el que nació y se ha criado. Al no hallar un camino transitable hacia su integración en el mundo de los adultos, su respuesta ha consistido en marginarse y ensimismarse. Es decir, en desentenderse de muchas preocupaciones y en concentrarse en los aspectos más lúdicos o evasivos de su propia cultura joven.

En el cuadro adjunto se muestran las listas de los intereses y de las causas capaces de movilizar, respectivamente, a los europeos comprendidos en los grupos de edad de 15-24

Preocupaciones y causas que movilizan a los europeos, por grupos de edad

	15 – 24 años	40 – 54 años	Diferencias
<i>Preocupaciones</i>			
Medio Ambiente	51	59	-8
Deportes	46	32	14
Problemas sociales	44	49	-5

Artes y acontecimientos culturales	39	31	8
Tercer Mundo	28	27	1
Ciencia y tecnología	27	25	2
Vida en otros países	23	26	-3
Movimientos pacifistas	15	18	-3
Regionalismo	14	19	-5
Política Internacional	14	23	-9
Política Nacional	13	29	-16
Ninguna de las anteriores	3	4	-1
<i>Causas movilizadoras</i>			
Paro mundial	60	70	-10
Medio ambiente	56	57	-1
Derechos humanos	46	48	-2
Lucha contra la pobreza	37	43	-6
Lucha contra el racismo	36	26	10
Libertad individual	34	39	-5
Ayuda al Tercer Mundo	29	25	4
Igualdad entre los sexos	22	17	5
Defensa del propio país	16	21	-5
Unificación europea	13	17	-5
Fe religiosa	7	13	-6
Revolución	3	3	-

Fuente: Comisión de la Comunidad Europea (1991): Young Europeans in 1990.

y 40-54. En ambas se observa que las diferencias no son grandes, aunque haya algunas. Lo cual no es fácil de interpretar: ¿Es mejor esto para la continuidad de nuestra civilización? ¿Vamos, por el contrario, hacia un estancamiento de nuestro progreso y hacia un conformismo desmotivador?

Si algo sobresale ahora en el estudio de la estructura social de las sociedades europeas es el desequilibrio creciente en las posibilidades e importancia de los distintos grupos generacionales. Demográficamente, la creciente proporción de personas de más de 65 años y el descenso de la que corresponde a las que tienen menos de 15, no son más que indicadores de que los jóvenes han perdido su lugar central y, por consiguiente, que su prestigio y su poder han disminuido. Paradójicamente, y frente a lo

que ha caracterizado a la historia humana, los viejos llegarán pronto a ser más que los jóvenes y su situación socioeconómica seguirá mejorando como lo ha hecho desde la introducción del Estado de Bienestar. De hecho, ellos reciben actualmente la gran masa de las transferencias económicas, mientras que los jóvenes adolecen de grandes carencias y de una buena dosis de abandono.

Por otro lado, la concepción heredada de la trayectoria propia de cada edad no podrá subsistir tal y como ha llegado hasta nosotros. No hay ya una edad para aprender (veinte años), otra para trabajar (unos cuarenta) y una para descansar (hasta el fin de la vida). En nuestros días nadie puede aprender en las aulas cuanto va a necesitar para un ejercicio profesional ininterrumpido, y repetidamente se tendrá que

volver a ellas para reciclarse cuando se vaya a cambiar de ocupación, algo que se hará unas cinco veces antes de la jubilación. Y tampoco la vida familiar de nuestros hijos promete ser tan estable como la de nuestros padres, aunque todo esto no debe tomarse como una condena, sino como el auténtico reto de las generaciones jóvenes de Europa. En sus manos está el destino de nuestro continente y, por mucho que tarden en asumirlo, no podrán escapar a su obligación. Somos nosotros, en definitiva, los que incomprensiblemente estamos frenando que esto suceda en el momento más oportuno.